

El cambio climático como síntoma: “Resignificar” el progreso.

Por: Javier Echeverría Zabalza. Rebelión. 05/01/2018

Cambio climático y progreso son dos expresiones que están a la orden del día, y con frecuencia no se conjugan bien. Cada vez son menos quienes niegan el cambio climático, aunque algunos de ellos tienen mucho poder. Las consecuencias de su presencia y las amenazas que nos plantea cada vez son más evidentes. En cambio, el concepto de progreso, tal como lo define la ideología dominante, es menos discutido e incluso ampliamente deseado. Sin embargo, también comienza a problematizarse debido a las consecuencias que entraña para la sostenibilidad.

Aunque la definición de “progreso” es “avance, adelanto, perfeccionamiento”, desde hace mucho tiempo, el progreso ha quedado circunscrito al plano económico. Se ha asimilado al crecimiento económico, innovaciones técnicas incluidas. Se supone que, si hay crecimiento económico, se producirá progreso social. Pero la realidad de las últimas décadas nos ha demostrado que puede haber crecimiento económico e innovaciones sin que ello suponga mejorar las condiciones de vida de amplios sectores sociales y, mucho menos aún, la sostenibilidad del planeta. De ahí que hace ya tiempo que se ha empezado a medir el bienestar de la sociedad observando los resultados sociales y medioambientales directamente, de forma separada de los factores económicos. El Índice de Progreso Social es uno de los ejemplos.

Nos encontramos en plena globalización neoliberal. Las grandes corporaciones están imponiendo la financiarización de la economía, desregulaciones de todo tipo, la reducción del gasto social, privatizaciones, deslocalización de empresas y normativas laborales que favorecen sus intereses, unos tratados comerciales totalmente a su medida, una competencia a la baja en todo tipo de ámbitos: fiscal, laboral, social, ambiental..., una desigualdad realmente obscena, etcétera. Pero, a la vez, están llevando al planeta, con su irracional sistema de producción-distribución-consumo, a una situación límite que hace temer la transgresión de umbrales de no retorno. El cambio climático es uno de los graves síntomas que tenemos -hay muchos más-, pero para solucionarlo deberemos abordar sus causas.

Sin embargo, sería un grave error considerar que todos estos problemas se han

generado sólo en las últimas décadas y que deberíamos volver a épocas pasadas. La situación y la dinámica que vivimos forman parte de un sistema socio-económico que, sobre la base de la propiedad privada, persigue un crecimiento exponencial y, por medio de la explotación de las personas y de todo tipo de recursos naturales, obtener el máximo beneficio en el menor tiempo posible. Un sistema que plantea una contradicción irresoluble: conseguir objetivos infinitos (crecimiento, consumo, acumulación...) sobre la base de la explotación de unos recursos finitos.

En lo que se refiere a las fuentes de energía e innovaciones fundamentales sobre las que se ha basado el "progreso" del capitalismo, hay que recordar que la primera revolución industrial (siglo XVIII) se llevó a cabo con la creación de la máquina de vapor, teniendo como combustible el carbón. Su introducción en las industrias, barcos y ferrocarriles supuso un aumento espectacular de la capacidad de producción y transporte. Y en la segunda mitad del XIX tuvo lugar la segunda revolución industrial con la invención del motor de combustión interna y de la energía eléctrica, que, con el petróleo como energía estrella, favorecieron un progreso tecnológico y económico sin precedentes. Carbón y petróleo en la base.

Pero no sólo la derecha capitalista es responsable de la situación en la que nos encontramos. Los países del socialismo real del siglo pasado, el keynesianismo e incluso los países latinoamericanos que han abordado recientemente transformaciones sociales de calado, también han compartido la filosofía extractivista y expansiva. Sin negar los grandes logros del capitalismo y de los regímenes o sistemas citados en cuanto a creación de riqueza, avances científico-técnicos o derechos civiles y sociales, de lo que se trata en este momento es de analizar las dinámicas socioeconómicas experimentadas hasta ahora y de tomar medidas eficaces y urgentes para reconducirlas.

La urgencia para introducir transformaciones que nos lleven a tiempo hacia un modelo socio-económico compatible con los límites del planeta es enorme. Según la Agencia Internacional de Energía, las emisiones de CO2 aumentarán el 130% de aquí a 2050 con las pautas actuales. Pensar ingenuamente que los avances técnicos solucionarán el problema sin cambiar las dinámicas socioeconómicas es como si en la isla de Pascua hubiesen esperado evitar su colapso en el siglo XVII con la introducción de potentes motosierras para talar árboles; o como si en la isla de Nauru hubieran pretendido en el siglo pasado obviar el colapso con la invención de sofisticadas maquinarias para extraer más eficientemente el fosfato de toda la isla. Cuando se afirma que los avances científico-técnicos nos salvarán, ¿de qué

estamos hablando?, ¿de que podremos imprimir una dinámica más vertiginosa, aumentar más y más el crecimiento, el consumo, el transporte, la velocidad... y a la vez lograr la sostenibilidad de un planeta cada vez más poblado y con recursos finitos cada vez más escasos, jugando a la ruleta rusa con la posibilidad de traspasar sus límites de no retorno? ¿Es que nadie conoce los principios de precaución y de responsabilidad? Porque ahora no estamos hablando de islas pequeñas, sino del planeta en su conjunto. Nuestro dilema es si tratamos de afrontar el colapso de una manera ordenada, humana y sostenible -eso requiere decisión, coherencia y urgencia- o, por el contrario, dejamos que el colapso tenga lugar de forma caótica: de alguna manera, ya lo hemos empezado. Desde luego, las consecuencias de esta última opción no las vamos a sufrir todas por igual; y lo que parece seguro es que, si seguimos así, algo parecido a un infierno estará cada vez más cerca para la inmensa mayoría.

Por eso, además de abordar la lucha contra el cambio climático de manera coherente y rápida, deberíamos resignificar términos como “progreso” o “desarrollo”, dándoles un contenido centrado en el bienestar de las personas y en la sostenibilidad de la vida, y poniendo a la economía como medio y no como fin. Un contenido que implica comenzar a hacer unas urgentes y complicadas transiciones que deberían tener como ejes fundamentales la transición y soberanía energética, la soberanía alimentaria, la soberanía de proximidad -comunidades relativamente pequeñas con autonomía de vida y capacidad de decisión, coordinadas entre ellas-, una mayor equidad y justicia social, una profundización democrática -también económica y energética-, una I+D+i enfocada a solucionar los importantes problemas de estas transiciones, la economía circular, un trabajo de educación y concienciación para cambiar valores y formas de vida... El desarrollo de estos ejes queda pendiente para otro momento.

[LEER EL ARTÍCULO ORIGINAL PULSANDO AQUÍ.](#)

Fotografía: El Blog Verde

Fecha de creación

2018/01/05